

ALOCUCIÓN DE JOSÉ ANTONIO LABORDETA SUBÍAS

Rector Magnífico
Presidente del Gobierno de Aragón
Autoridades académicas
Distinguidos Doctores
Señoras y señores
Amigos todos

Esta mañana, cuando inicié el ascenso de las escaleras que abren el paso hacia esta Casa, miles de recuerdos y de imágenes me vinieron a la mente.

Recordé aquella mañana de principios de junio de 1952, terminado el séptimo curso del Bachillerato, cuando acudíamos a este recinto a pasar aquello que pomposamente se llamaba Examen de Estado y que durante más de un mes nos había traído por la calle de la amargura porque, entre el verano tórrido, el temor a los errores y las fatigas de todo un curso, la realidad es que llegábamos ante aquel Tribunal como verdaderos despojos humanos.

«Tranquilidad», te repetían una y otra vez tus maestros; pero al llegar en aquella soleada mañana al interior de este hermosos edificio, después de haber saludado a las cuatro estatuas sedentes de la puerta y subir, con cuidado, la escalera presidida por la imagen de don Santiago Ramón y Cajal —«no te olvides nunca de mirarla con respeto», recordaba las palabras de mi padre—, todo volvía a tensionarse en nuestros estómagos, ya que este examen, de aprobarlo, te abría las puertas a la Universidad. Si no, no eras nada.

A cada colegio le correspondía un aula diferente, y al mío, en aquella mañana, le correspondió un aula que semejaba un pequeño auditorio con dos galerías que rápidamente se llenaron de oyentes, chavales que ya habían hecho sus exámenes y que no hacían más que hablar y reír hasta tal punto que un bedel tuvo que imponerse y exigir silencio.

Cuando entró el Tribunal, todos de pie. Luego, en el silencio crujiente, se escuchó el nombre del primer examinando, también del segundo, porque mientras unos pasábamos los exámenes de Letras, otros recorrían las asignaturas de Ciencias.

Temblábamos todos, mientras intentábamos escuchar las preguntas para comprobar si sabíamos las respuestas. En aquellos instantes nada te sonaba. Era la sordera del examinando. A algunos catedráticos de Letras, como los profesores Ynduráin y Frutos, los reconocíamos porque durante el curso nos habían llevado a escuchar alguna conferencia suya en la Diputación Provincial. No sabía por qué, pero verlos a ellos dos me tranquilizó y el ritmo cardíaco volvió a la normalidad.

Cuando sonó mi nombre, el sol atravesó un lucernario situado en la parte superior y el Tribunal adoptó imágenes entre fantasmagóricas y amables. Las fantasmagóricas

las veía en el lado de los examinadores de Ciencias, mientras que las amables me cubrían el campo de las Letras. De estas yo sabía bastante. De las otras mi ignorancia era casi supina, y, aunque durante siete años habíamos tenido clases de Ciencias, solo me sonaba la Trigonometría, que nos enseñó, durante un año, el profesor don Enrique Moliner, que hacía de esta asignatura un juego y no una tensión de temor.

Inicié mi examen por el lado de las Ciencias, y como pude me defendí: la Física se superó suave; las Naturales se agrietaron un tanto, pero salieron adelante; las Matemáticas brillaron porque todo giró alrededor de la Trigonometría. De golpe era un hombre feliz.

La tarde transcurrió tranquila, ya que, una vez superadas las Ciencias, el camino de las Letras lo tenía hecho. Todo fue bien y los poetas españoles y franceses; las batallas de la Guerra de los Cien Años, la toma de Granada y Fernando VII me dieron el paso hacia la Universidad.

Cuando abandonamos el edificio, saludamos contentos a todas las estatuas y como buenos zaragozanos nos fuimos a subir y bajar por el paseo de la Independencia, con un helado de los Italianos en la mano y la alegría de que todo había ido mejor de lo que esperábamos. Una semana después los resultados fueron positivos y comenzó el recorrido por las secretarías de aquellas Facultades que íbamos a elegir: unos pocos, Medicina; menos aún, Químicas, y una barahúnda de compañeros, Derecho, porque decían que era la carrera con más salidas. A Letras fueron compañeras, porque, como se decía, eran unos estudios para chicas, monjas y frailes.

Aquel otoño, muchos pasamos del control escolar diario a la liberalidad universitaria y disfrutábamos viendo como el doctor Guallart, decano de la Facultad de Derecho, llegaba en su coche Volkswagen de cartón piedra y

que era el resultado del buen hacer de la industria alemana. Una de las gracias de los veteranos consistía en subir el auto por las escaleras y dejarlo, como si se tratara de una obra de arte, en el rellano que quedaba abierto en la entrada del edificio.

Pero la vida da a veces duros golpes que no esperas, y en mayo del 53 fallecía mi padre; los exámenes de Derecho no fueron nada brillantes, y decidí iniciar Letras, que era el mundo en el que realmente me encontraba a gusto.

La Facultad había cambiado y ya no eran solo los restos de aquellas salas llamadas gineceos y androceos, porque muchos de nosotros nos dimos cuenta de la equivocación de nuestra primera elección. Allí llegaron compañeros que venían de otras facultades, como Cándido Pérez Gallego, Ricardo Senabre o Alberto Castilla y otros muchos que devolvieron a aquel edificio la razón de su existir.

Acabé la carrera intentando no olvidar los buenos saberes de Ynduráin explicándonos la novela americana y trayéndonos a Ignacio Aldecoa a charlar con nosotros; las dialécticas con don Eugenio Frutos o las magníficas visiones de la repoblación en la Reconquista aragonesa, del profesor Lacarra, y pasé por todos los escalones que en aquellos años uno tenía que subir: lector de español en Francia; profesor de enseñanza media en colegio privado; agitador cultural en los lugares con mayores posibilidades como eran la Agrupación Artística Aragonesa o Casa Félix, entre vasos de vino, cacahuets y una siempre magnífica coral de alumnos vascos, que andaban por aquí matriculados, unos en Veterinaria y otros en Medicina.

Oposité a institutos y me fui a Teruel, junto con mi mujer, Juana de Grandes. Decisión que, si en algún

momento puse en duda, pronto rectificué gracias al encuentro con alumnos de inestimable valía y a la amistad que cultivé con compañeros como Eloy Fernández Clemente, Eduardo Valdivia o José Sanchis Sinisterra. Entre todos ellos me abrieron los ojos y los oídos a un mundo hasta entonces encerrado en el coto privado de mi caza particular.

Con una vieja guitarra rasgué acordes y conté lo que estaba viendo en aquella ciudad: los leñeros que bajaban de la sierra con sus mulas repletas de sacos con piñas, para que los pequeños burgueses encendiésemos la calefacción individual; vi a los masoveros en alguna de aquellas humildes expediciones que hacíamos al Maestrazgo, y desde la ventana de mi estudio veía todas las tierras rojizas y arcillosas de los Mansuetos. No había más que acordar algo en la guitarra y cantarlo. Una editorial madrileña me ofreció grabar un pequeño disco. Lo hice con EDUMSA y me olvidé de él; solo a la hora del café de las once, en el bar de al lado de la Estación del instituto, los alumnos de COU ponían el disco en una máquina reproductora y se cachondeaban un poco de aquel gruñido que uno daba en la canción.

Un día de noviembre del año 68 la Comisión de Cultura de la Facultad de Medicina de la Universidad de Zaragoza, que andaba programando recitales de cantautores, me invitó a cantar y, aunque nunca lo había hecho de una manera tan comprometida, acepté.

Sobre una mesa del profesorado, en un aula repleta de alumnos entre los que se encontraba algún viejo profesor, inicié la actuación con más miedo que otra cosa. Pero todo fue bien, hasta que, una vez terminado el recital, los jefes de la Comisión salieron a la calle entre gritos de libertad. Pronto se les unieron otros compañeros, y los grises acudieron rápidamente. A mí, paletillo de Teruel,

aquello me produjo una nueva ilusión y durante unos días, en mi plaza de profesor de Historia, sentía que no me cabía la impresión de aquella tarde: París había ardiendo en mayo; Praga, en noviembre, ¿Había algo parecido aquí? Si, un estado de excepción del 69.

Y la vida fue procurando hijos, alumnos que se hacen mayores y que evolucionan de un lado para otro. En el 70 abandoné Teruel y regresé a esta ciudad, en la que uno ha ido dejando sus palabras, sus gestos, sus canciones, sus amores y sus pequeños odios por esa falta de cariño que muchas gentes sienten hacia ella, cuando ha dado nombres que han sido capaces de levantar este Edificio en el que hoy nos encontramos. Y mi vida siguió entre sueños como *Andalán*, viajes por todo el mundo llevando «Aragón y su polvo, niebla, viento y sol»; la televisión, que me abrió los ojos a España, los libros que he escrito y aquellos otros que he leído y me han hecho más persona, para finalmente como beduino llegar hasta el Congreso de los Diputados.

Y cuando ya no esperaba nada, cansado y un poco viejo —abuelo de verdad, diría yo—, me propusisteis nombrarme doctor honoris causa por la Universidad de Zaragoza, y sentí que los ojos se me rasgaban y la voz se quedaba detenida en algún lugar de mi memoria, ese espacio en el que escondemos las cosas buenas, las mejores.

Y tras recibir esta noticia, me pregunté: ¿cuáles son mis méritos para obtener este grandísimo honor? Solo se me ocurrió recurrir al estudio lingüístico de estos tres términos:

Doctor: Del latín *Doctor-Doctoris*; tercera declinación, temas en consonante: «el que enseña, maestro, profesor», según el diccionario latino-español de don Agustín Blázquez Fraile.

Y según el *Diccionario ilustrado de la Lengua Española*, *Doctor*: «Persona que enseña una ciencia o arte. Título que ha dado la Iglesia a algunos de sus santos que con mayor profundidad de doctrina defendieron o enseñaron la Religión, como fue el caso de Santo Tomás de Aquino, nominado Doctor Angélico. También, persona que ha recibido el último grado académico en una Facultad».

Causa: del latín *causa-causae*; primera declinación: «Causa, motivo».

Causa, al igual que *gratia*, son antiguas preposiciones latinas que rigen caso genitivo, y su situación en la oración gramatical es detrás de su régimen; su traducción es *para* más infinitivo. Así, la traducción de «Honoris causa», es 'para honrar'. Este conocimiento me lo transmitió mi padre, don Miguel Labordeta, catedrático de Latín de instituto, título que perdió durante la Guerra Civil.

Honoris: genitivo de latín *honor-honoris*, o bien *honor-honoris*; tercera declinación, temas en consonante. Su traducción: «honor, respeto, consideración». «Honoris causa o gratia» se traduce 'por respeto, por consideración'.

Y, según el *Diccionario ilustrado de la Lengua Española*, *Honor* significa «cualidad que impulsa al hombre a conducirse con arreglo a las más elevadas normas morales. Fama, respeto o buena reputación que se adquiere en el transcurso de la vida».

Después de este pequeño estudio, llevado a cabo para conocer el motivo que ha llevado al Claustro de la Universidad de Zaragoza a concederme este título, he descubierto que algo hay de mí en el término *doctor*. Durante una gran parte de mi vida he ejercido de profesor, enseñando Geografía, Historia y Arte. Primero, en el Colegio Santo Tomás de Aquino de Zaragoza, dirigido por mi

familia; desde el año 1964 hasta 1971, en el Instituto Ibáñez Martín de Teruel, y posteriormente en diferentes institutos de Zaragoza. Siempre me encontré en las aulas satisfecho, pleno, ejerciendo la profesión que me gustaba, y reconozco que, si algo enseñé a los alumnos que han pasado por mi magisterio, mucho más me han dado y enseñado dichos alumnos.

En lo referente al término *Honor*, vista la definición de nuestro diccionario, depende más del que otorga este mérito que del que lo recibe, y vuestra benevolencia ha tenido a bien considerar mi trayectoria como merecedora de esa fama, respeto o buena reputación. Y yo lo agradezco a las entidades que propusieron este honor, a todos los que me han apoyado con entusiasmo y cariño y lo personalizo en los nombres de los Doctores Eloy Fernández Clemente y Gonzalo Borrás Gualis; amigos de verdad en la salud y la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza. Y en este momento no quiero olvidarme de un Doctor de esta casa, que ya no está entre nosotros, y que durante años intentó que yo hiciese mi tesis doctoral dirigida por él. Lo que mi amigo entrañable, el Doctor Juan José Carreras Ares, no consiguió, lo ha conseguido esta Universidad.

Siempre me he considerado una persona afortunada, amigo de mis amigos, amante de este país que se llama Aragón y de sus gentes; y, en este preciso instante, con todo el torrente de recuerdos en mi memoria, creo sinceramente que soy feliz.

Gracias a todos.